

# Soledades



Luis de  
**Góngora**

# Soledades

Luis de Góngora



Título original: Soledades

Luis de Góngora

Diseño de portada: Literanda

© de la presente edición: Literanda, 2014

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

**Más ediciones en [www.literanda.com](http://www.literanda.com)**

## Dedicatoria al Duque de Béjar

Pasos de un peregrino son errante  
cuantos me dictó versos dulce Musa,  
en soledad confusa  
perdidos unos, otros inspirados.  
¡Oh tú que, de venablos impedido,  
muros de abeto, almenas de diamante,  
bates los montes, que de nieve armados,  
gigantes de cristal los teme el cielo,  
donde el cuerno, del eco repetido,  
fieras te expone, que al teñido suelo  
muertas pidiendo términos disformes,  
espumoso coral le dan al Tormes!  
Arrima a un fresno el freno, cuyo acero,  
sangre sudando, en tiempo hará breve  
purpurear la nieve,  
y en cuanto da el solícito montero,  
al duro roble, al pino levantado,  
émulos vividores de las peñas,  
las formidables señas  
del oso que aun besaba, atravesado,  
la asta de tu luciente jabalina,  
o lo sagrado supla de la encina  
lo agosto del dosel, o de la fuente  
la alta cenefa lo majestuoso  
del sitial a tu deidad debido,  
¡oh Duque esclarecido!,  
templada en sus ondas tu fatiga ardiente,  
y entregados tus miembros al reposo  
sobre el de grama césped no desnudo,

déjate un rato hallar del pie acertado  
que sus errantes pasos ha votado  
a la real cadena de tu escudo.  
Honre suave, generoso nudo,  
Libertad de Fortuna perseguida;  
que a tu piedad Euterpe agradecida,  
su canoro dará dulce instrumento,  
cuando la Fama no su trompa al viento.

## Soledad primera

Era del año la estación florida  
en que el mentido robador de Europa  
(media luna las armas de su frente,  
y el Sol todos los rayos de su pelo),  
luciente honor del cielo,  
en campos de zafiro paze estrellas,  
cuando el que ministrar podía la copa  
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,  
náufrago y desdeñado, sobre ausente,  
lagrimosas de amor dulces querellas  
da al mar, que condolido,  
fue a las ondas, fue al viento  
el mísero gemido,  
segundo de Arión dulce instrumento.  
Del siempre en la montaña opuesto pino  
al enemigo Noto,  
piadoso miembro roto,  
breve tabla, delfín no fue pequeño  
al inconsiderado peregrino,  
que a una Libia de ondas su camino  
fió, y su vida a un leño.  
Del Océano pues antes sorbido,  
y luego vomitado  
no lejos de un escollo coronado  
de secos juncos, de calientes plumas,  
alga todo y espumas,  
halló hospitalidad donde halló nido

de Júpiter el ave.  
Besa la arena, y de la rota nave  
aquella parte poca  
que le expuso en la playa dio a la roca;  
que aun se dejan las peñas  
lisonjear de agradecidas señas.  
Desnudo el joven, cuanto ya el vestido  
Océano ha bebido,  
restituir le hace a las arenas;  
y al Sol lo extiende luego,  
que, lamiéndolo apenas  
su dulce lengua de templado fuego,  
lento lo embiste, y con suave estilo  
la menor onda chupa al menor hilo.

No bien pues de su luz los horizontes,  
que hacían desigual, confusamente,  
montes de agua y piélagos de montes,  
desdorados los siente,  
cuando, entregado el mísero extranjero  
en lo que ya del mar redimió fiero,  
entre espinas crepúsculos pisando,  
riscos que aun igualara mal volando  
veloz, intrépida ala,  
menos cansado que confuso, escala.  
Vencida al fin la cumbre,  
del mar siempre sonante,  
de la muda campaña  
árbíto igual e inexpugnable muro,  
con pie ya más seguro  
declina al vacilante  
breve esplendor del mal distinta lumbre,  
farol de una cabaña

que sobre el ferro está en aquel incierto  
golfo de sombras anunciando el puerto.  
Rayos, les dice, ya que no de Leda  
trémulos hijos, sed de mi fortuna  
término luminoso. Y recelando  
de invidiosa bárbara arboleda  
interposición, cuando  
de vientos no conjuración alguna,  
cual haciendo el villano  
la fragosa montaña fácil llano,  
atento sigue aquella  
(aun a pesar de las tinieblas bella,  
aun a pesar de las estrellas clara)  
piedra, indigna tiara,  
si tradición apócrifa no miente,  
de animal tenebroso, cuya frente  
carro es brillante de nocturno día:  
tal, diligente, el paso  
el joven apresura,  
midiendo la espesura  
con igual pie que el raso,  
fijo, a despecho de la niebla fría,  
en el carbunco, Norte de su aguja,  
o el Austro brame, o la arboleda cruja.  
El can ya vigilante  
convoca, despidiendo al caminante,  
y la que desviada  
luz poca pareció, tanta es vecina,  
que yace en ella robusta encina,  
mariposa en cenizas desatada.

Llegó pues el mancebo, y saludado,  
sin ambición, sin pompa de palabras,

de los conductores fue de cabras,  
que a Vulcano tenían coronado.

¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora,  
templo de Pales, alquería de Flora!  
No moderno artificio  
borró designios, bosquejó modelos,  
al cóncavo ajustando de los cielos  
el sublime edificio;  
retamas sobre roble  
tu fábrica son pobre,  
do guarda, en vez de acero,  
la inocencia al cabrero  
más que el silbo al ganado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!  
No en ti la ambición mora  
hidrópica de viento,  
ni la que su alimento  
el áspid es gitano;  
no la que, en vulto comenzando humano,  
acaba en mortal fiera,  
esfinge bachillera,  
que hace hoy a Narciso  
ecos solicitar, desdeñar fuentes;  
ni la que en salvas gasta impertinentes  
la pólvora del tiempo más preciso;  
ceremonia profana  
que la sinceridad burla villana  
sobre el corvo cayado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!

Tus umbrales ignora  
la adulación, sirena  
de Reales Palacios, cuya arena  
besó ya tanto leño,  
trofeos dulces de un canoro sueño.  
No a la soberbia está aquí la mentira  
dorándole los pies, en cuanto gira  
la esfera de sus plumas,  
ni de los rayos baja a las espumas  
favor de cera alado.  
¡Oh bienaventurado  
albergue a cualquier hora!

No pues de aquella sierra, engendradora  
más de fierezas que de cortesía,  
la gente parecía  
que hospedó al forastero  
con pecho igual de aquel candor primero  
que, en las selvas contento,  
tienda el fresno le dio, el roble alimento.  
Limpio sayal, en vez de blanco lino,  
cubrió el cuadrado pino,  
y en boj, aunque rebelde, a quien el torno  
forma elegante dio sin culto adorno,  
leche que exprimir vio la alba aquel día,  
mientras perdían con ella  
los blancos lilios de su frente bella,  
gruesa le dan y fría,  
impenetrable casi a la cuchara,  
del sabio Alcimedón invención rara.  
El que de cabras fue dos veces ciento  
esposo casi un lustro (cuyo diente  
no perdonó a racimo, aun en la frente

de Baco, cuanto más en su sarmiento,  
triunfador siempre de celosas lides,  
lo coronó el Amor; mas rival tierno,  
breve de barba y duro no de cuerno,  
redimió con su muerte tantas vides),  
servido ya en cecina,  
purpúreos hilos es de grana fina.  
Sobre corchos después, más regalado  
sueño le solicitan pieles blandas,  
que al Príncipe entre holandas,  
púrpura tiria o milanés brocado.  
No de humosos vinos agravado  
es Sísifo en la cuesta, si en la cumbre  
de ponderosa vana pesadumbre  
es, cuanto más despierto, más burlado.  
De trompa militar no, o destemplado  
son de cajas fue el sueño interrumpido,  
de can sí, embravecido  
contra la seca hoja  
que el viento repeló a alguna coscoja.  
Durmió, y recuerda al fin cuando las aves,  
esquilas dulces de sonora pluma,  
señas dieron suaves  
del Alba al Sol, que el pabellón de espuma  
dejó, y en su carroza  
rayó el verde obelisco de la choza.

Agradecido pues el peregrino,  
deja el albergue, y sale acompañado  
de quien lo lleva donde levantado,  
distante pocos pasos del camino,  
imperioso mira la campaña  
un escollo apacible, galería

que festivo teatro fue algún día  
de cuantos pisan Faunos la montaña.  
Llegó y, a vista tanta  
obedeciendo la dudosa planta,  
inmóvil se quedó sobre un lentisco,  
verde balcón del agradable risco.  
Si mucho poco mapa le despliega,  
mucho es más lo que, nieblas desatando,  
confunde el Sol y la distancia niega.  
Muda la admiración habla callando,  
y ciega un río sigue que, luciente  
de aquellos montes hijo,  
con torcido discurso, aunque prolijo,  
tiraniza los campos útilmente;  
orladas sus orillas de frutales,  
quiere la Copia que su cuerno sea,  
si al animal armaron de Amaltea  
diáfanos cristales;  
engazando edificios en su plata,  
de muros se corona,  
rocas abraza, islas aprisiona,  
de la alta gruta donde se desata  
hasta los jaspes líquidos, adonde  
su orgullo pierde y su memoria esconde.

Aquéllas que los árboles apenas  
dejan ser torres hoy, dijo el cabrero  
con muestras de dolor extraordinarias,  
las estrellas nocturnas luminarias  
eran de sus almenas,  
cuando el que ves sayal fue limpio acero.  
Yacen ahora, y sus desnudas piedras  
visten piadosas yedras,

que a ruinas y a estragos  
sabe el tiempo hacer verdes halagos.

Con gusto el joven y atención le oía,  
cuando torrente de armas y de perros,  
que si precipitados no los cerros,  
las personas tras de un lobo traía,  
tierno discurso y dulce compañía  
dejar hizo al serrano,  
que del sublime espacioso llano  
al huésped al camino reduciendo,  
al venatorio estruendo,  
pasos dando veloces,  
número crece y multiplica voces.

Bajaba entre sí el joven admirando  
armado a Pan, o semicapro a Marte,  
en el pastor mentidos, que con arte  
culto principio dio al discurso, cuando  
rémora de sus pasos fue su oído,  
dulcemente impedido  
de canoro instrumento, que pulsado  
era de una serrana junto a un tronco,  
sobre un arroyo de quejarse ronco,  
mudo sus ondas, cuando no enfrenado.  
Otra con ella montaraz zagala  
juntaba el cristal líquido al humano  
por el arcaduz bello de una mano  
que al uno menosprecia, al otro iguala.  
Del verde margen otra las mejores  
rosas traslada y lilios al cabello,  
o por lo matizado o por lo bello,

si Aurora no con rayos, Sol con flores.  
Negras pizarras entre blancos dedos  
ingeniosa hiere otra, que dudo  
que aun los peñascos la escucharan quedos.  
Al son pues deste rudo  
sonoroso instrumento,  
lasciva el movimiento,  
mas los ojos honesta,  
altera otra bailando la floresta.  
Tantas al fin el arroyuelo, y tantas  
montañesas da el prado, que dirías  
ser menos las que verdes Hamadrías  
abortaron las plantas:  
inundación hermosa  
que la montaña hizo populosa  
de sus aldeas todas  
a pastorales bodas.  
De una encina embebido  
en lo cóncavo, el joven mantenía  
la vista de hermosura, y el oído  
de métrica armonía.  
El Sileno buscaba  
de aquellas que la sierra dio Bacantes,  
ya que Ninfas las niega ser errantes  
el hombro sin aljaba,  
o si del Termodonte,  
émulo del arroyuelo desatado  
de aquel fragoso monte,  
escuadrón de Amazonas desarmado  
tremola en sus riberas  
pacíficas banderas.